

Ser/devenir. Mundo verdadero / Mundo aparente

La realidad se nos presenta como caos, como diferencia, nada hay igual, eterno y permanente en ella. **La realidad no es, deviene.** Su aliento constante hace que todo se renueve a cada instante. No podemos percibir nunca la misma hoja porque no hay una “misma hoja”; la hoja, como todo lo existente, se renueva cada *aquí y ahora*, como también se renueva nuestra forma de percibir la realidad en cada nueva percepción. Este alumno, ese árbol o aquel edificio, no son sólo únicos y diferentes de cualquier otro aquí y ahora de su existencia. Es más, los sentidos que los perciben tienen la misma variación. Demasiada infinitud de variaciones para intentar aprehenderla. La realidad es un enigma indescifrable; pero, si es así, cualquier intento de conocerla está destinado al fracaso. **La realidad es inaccesible al conocimiento humano, podemos experimentarla, pero no conocerla.** En la realidad no hay cosas, hay acontecimientos, sucesos fluctuantes que experimentamos. No hay ningún hecho, todo es fluido, inaprensible, fugaz.

El devenir es enigma y, como todo enigma, nos desconcierta; por eso incluso podemos llegar a odiarlo. Pero ¿podemos soportar un mundo sin sentido, sin orden, sin *logos*, sin certeza? ¿No hay un mundo más seguro donde habitar? La cultura occidental, la filosofía, ofrece la solución: dado que esta realidad nos la muestran los sentidos, digamos que los sentidos nos engañan y que nos conducen al error. La realidad que nos muestran, la del devenir, es pura apariencias; tras ella se encuentra la verdadera realidad, la auténtica, aquella que alcanzamos gracias a la razón. Bien sea mediante la dialéctica (Platón), la fe (cristianismo), el *cogito* (Descartes), las categorías del entendimiento o la razón práctica (Kant)... la razón nos abre al mundo de “objetos” que permanecen sin variaciones y que, por lo tanto, permiten el conocimiento verdadero. Ese mundo de objetos es lo que llamamos metafísica, a cuya base está la creencia en una correspondencia *a priori* entre realidad y razón. Pues bien, ese mundo creado por la metafísica es, para ella, real, incondicionado y estable; aunque no está al alcance de la percepción. Hemos duplicado el mundo: **por un lado tenemos el mundo del devenir, pura apariencia; por el otro, el mundo del ser, el auténtico, el que vale la pena.** El dualismo ontológico de Platón (mundo sensible/mundo inteligible) se mantiene con diferentes matizaciones a lo largo de la historia de la filosofía, pero siempre asentado en dos principios:

- Lo que permanece tiene un valor superior a lo que cambia.
- La razón es el camino para descubrir y conocer el mundo verdadero.

Los encargados de combatir la apariencia y el cambio, de embalsamarlo, son los filósofos que, por analogía a lo que los egipcios hacían con sus muertos, Nietzsche llama **filósofos-momia**. Unos filósofos que confían en los conceptos abstractos tanto como desconfían de los sentidos: “Ellos [los filósofos] creían que los sentidos les atraían fuera de su mundo, fuera del helado reino de las ideas a una isla peligrosa, más meridional, donde temían que sus virtudes filosóficas se fundiesen, como la nieve al sol. Para ser filósofo casi era entonces condición precisa tener tapados con cera los oídos...” (La Gaya Ciencia, 372).